

La Tercera Duma
León Trotsky
Abril de 1908

(Publicado en *Die Neue Zeit* y en *Przeгляд*, Cracovia, órgano de la socialdemocracia polaca y lituana, en abril de 1908)

<i>I La дума y el presupuesto</i>	1
<i>II El ferrocarril del Amur</i>	4

I La дума y el presupuesto

La Tercera Duma del Imperio está actualmente ocupada en liberarse, con el sudor de su frente, del castigo que le ha impuesto la burocracia: examina con toda precipitación, y calcula el presupuesto de 1908.

El presupuesto del estado ruso ofrece en su estructura interna un fiel reflejo de toda la historia y del carácter del zarismo, es decir, de una enorme organización policíacomilitar, que ha alcanzado una potencia inaudita al emparejar el campesinado ruso, económicamente anémico, y la bolsa de la Europa occidental, impregnada de sangre hasta la apoplejía.

El absolutismo burocrático de Occidente no se desarrolló a partir de la monarquía corporativa, y no se convirtió en una potencia que se bastaba a sí misma hasta el momento en que el estado llano fue lo bastante fuerte para equilibrar la influencia política de los señores feudales y de los sacerdotes privilegiados. En cambio, el zarismo no ha sido nunca una monarquía corporativa, porque ni la nobleza rusa ni el clero ruso fueron capaces de alcanzar el nivel de estados aptos para atender el funcionamiento del poder político. Se encontraron impedidos de hacerlo, por una parte, por la miseria económica de este inmenso país con una población escasa; por otra, por la incansable competencia del poder del estado.

Al enredarse, debido a su política expansionista, cada vez más profundamente en su lucha encarnizada contra sus vecinos occidentales, cuya organización militarostatal se apoyaba firmemente sobre una base económica incomparablemente más rica, el zarismo explotó al país hasta el último confín, y como acaparaba la menor parcela del plusproducto, las clases privilegiadas se encontraron sistemáticamente obstaculizadas en su desarrollo y condenadas a una existencia subalterna. Así ocurrió en los casos de la nobleza y el clero, y más adelante, también, en el de la burguesía.

Antes incluso de que se constituyera ni de que hubiera podido constituirse en Rusia un potente estado llano, el zarismo ya estaba mamando vorazmente de las ubres de la bolsa de Europa occidental. Después de haber aprendido el arte de contraer deudas públicas, es decir, de consumir el plusproducto nacional, no solamente de hoy, sino también el de mañana, asentó la economía del estado sobre una base internacional. La autocracia zarista, que socialmente era algo intermedio entre el despotismo asiático y el absolutismo europeo, adquirió, con ayuda de la Bolsa, los medios más modernos de la técnica administrativa y militar occidental. Ese proceso llevó a un crecimiento febril del presupuesto y de las deudas públicas. La independencia del gobierno zarista con respecto a la situación económica del país ocasionaba su creciente dependencia de los banqueros de Berlín y de París. Al principio de este siglo el zarismo había tomado el aspecto de una enorme organización militarobursátil, única en la historia. Rothschild creía firmemente que la autocracia rusa era tan eterna como la misma bolsa. Ciertamente, la guerra y la revolución sacudieron violentamente los pilares de esa

confianza. Sin embargo, no hicieron más que quebrantarla, sin llegar a derribarla totalmente. Y por eso vemos al gobierno contraer un empréstito de 800 millones de rublos en 1905 y de 900 millones en 1906.

Por el momento, las deudas públicas de Rusia se calculan en nueve mil millones de rublos, es decir, en los 60 rublos por habitante, incluyendo a los niños de pecho. El presupuesto del imperio de 1908 alcanza la colosal suma de 2.515 millones de rublos. Prescindiendo de los ingresos obtenidos de diversas empresas y monopolios (aguardiente, ferrocarriles, etc.), queda, *sólo para las cargas fiscales*, la cantidad redondeada de mil millones y medio de rublos. Dicho de otro modo, el estado sustrae para sus necesidades el ¡20 por 100 de la renta anual de la nación! El increíble inflamiento de la carga fiscal no es más que el reflejo del carácter específico de la organización estatal, que asocia con toda naturalidad la dictadura política y la dictadura fiscal.

De los 1.500 millones que proceden de la percepción de los impuestos (los impuestos *directos* no proporcionan, por cierto, más que el 12,5 por 100, menos de 180 millones), el presupuesto destina 512 millones a los ministerios de Mukden y de Tsushima, 67 millones a la liquidación de la guerra, 53 millones a la extinción de las deudas públicas a corto plazo no satisfechas en 1907 y, finalmente, 386 millones para pagar los intereses de empréstitos que llegan a vencimiento. De este modo el ejército, la flota y los banqueros se tragan más de mil millones de rublos, esto es, ni más ni menos que los dos tercios de los ingresos netos del estado. A ello se añade el déficit de la explotación de los ferrocarriles, que sirven esencialmente para objetivos estratégicos, al igual que toda una serie de millones destinados al servicio de “protección del estado”. He aquí los costos de producción del antiguo régimen.

Ya antes de la revolución era una simpleza decir que el presupuesto del zarismo superaba las fuerzas productivas del país estrujado, que su mantenimiento equivalía a un debilitamiento todavía más extremado del mercado interior y a la parálisis económica. Pero de ello a “sanear” efectivamente el presupuesto quedaba y queda todavía un largo camino que recorrer, como los acontecimientos se han encargado de demostrar.

La socialdemocracia no ve en el presupuesto más que un reflejo del debe y el haber del régimen autocrático. Por eso la cuestión de la lucha contra el sistema fiscal y financiero equivalía para ella a la cuestión del derrocamiento del zarismo por la vía revolucionaria. En el célebre *Manifiesto financiero* del consejo de los delegados obreros, que fue publicado antes de los acontecimientos de diciembre de 1905, la tarea se formulaba precisamente en ese sentido: “No hay más que una salida: el derrocamiento del gobierno. [...] He ahí la condición previa indispensable no solamente para la liberación política y económica del país, sino más especialmente también para la consolidación de las finanzas del estado.”

Cuando fue aplastada la insurrección y pareció que el liberalismo se iba a convertir en el legatario de la revolución, éste adoptó cada vez más la posición de la *sucesión integral*, es decir, no solamente la aceptación del traspaso del inventario, sino también el de todas las deudas y pecados del antiguo régimen, con la intención de liberarse a plazos. La táctica seguida en la Primera Duma, que consistía en provocar ruidos y desorden para hacer de oposición, y que, debido al rechazo “de principios” de toda línea revolucionaria, resultaba totalmente impotente, aunque condujo, sin embargo, al llamamiento de Viborg, pálida copia del *Manifiesto financiero* del consejo de los delegados obreros; dicha táctica fue abandonada, y en la Segunda Duma, el liberalismo, personalizado por el partido cadete, vota a favor del reemplazo militar solicitado por el gobierno, y se compromete a votar el presupuesto y el empréstito. De esa manera espera obtener la confianza de la monarquía, poder influir gracias a esa confianza sobre el presupuesto y, mediante el presupuesto, nuevamente sobre el poder del estado. Pero la Segunda Duma fue “disuelta”, y un nuevo legatario de la herencia revolucionaria entra

en escena: el nacional-liberalismo conservador, bajo la forma de la unión del 17 de octubre. Al igual que los cadetes se tomaban por los legatarios de las tareas revolucionarias, los octubristas resultaron ser seguidores de la táctica conciliadora de los cadetes. Aunque éstos pongan mala cara desdeñosamente a espaldas de los octubristas, los últimos no hacen más que extraer las conclusiones de las premisas de los cadetes: ya que no nos podemos apoyar sobre la revolución, apoyémonos sobre el constitucionalismo a lo Stolypin. Los mismos cadetes se dan perfectamente cuenta de ello. Y si la fracción de Miliukov se permite, sin embargo, de vez en cuando, el lujo de los gestos de oposición, ello se debe solamente a que su valor está alimentado y mantenido con la esperanza que origina la táctica salvadora de la mayoría octubrista.

Firmemente acampada en el terreno de la “sucesión integral”, la Tercera Duma ha concedido al gobierno zarista 456.535 reclutas, aunque en el departamento de Kuropatkin y de Stosel toda la actividad reformadora se haya agotado en galones, botones y charreteras nuevas. Ha votado el presupuesto del Ministerio del Interior, que entregaba el 70 por 100 del territorio ruso a los sátrapas y a sus horcas de las leyes de excepción, y que en el 30 por 100 restantes del territorio ahorca y degüella al aplicar las leyes válidas en “período normal”. Por orden secreta del primer ministro dirigió al gobierno la interpelación finlandesa, o, mejor dicho, antinlandesa, para permitir al Ministerio del Interior restablecer más fácilmente el régimen de Bobrikov en Finlandia. Sólo el presupuesto del Ministerio de Transportes fue recortado en un rublo por la дума; quería así expresar su indignación por la manera ilegal de aplicar los presupuestos de ese ministerio del saqueo por excelencia. Pero incluso en este punto no es posible suponer que esos cien kopeks de oposición hayan sido borrados sin que previamente se hayan asegurado de la indulgencia del señor Stolypin. La comisión agraria de la дума ha sancionado en sus líneas generales el célebre decreto del 9 de noviembre de 1906, que ha sido aplicado en basé al artículo 87, y tiene como objetivo el de extraer del seno del campesinado una capa de propietarios económicamente fuertes, abandonando todas las masas restantes a la selección natural, en el sentido biológico de la palabra. Y si la дума no tiene excesiva prisa para poner esa cuestión en el orden del día, la razón estriba en el miedo de impulsar hacia su izquierda a los diputados campesinos de derecha, al aceptar la gran reforma stolypiana, porque, como decía, lamentándose, un jefe octubrista, siempre son víctimas de las “ilusiones de la expropiación”. Y, a pesar de todo esto, esa дума, “apta para el trabajo” y leal, debe ser salvada por lo menos siete veces por semana. Los mismos octubristas, que son dueños de la situación parlamentaria, están muy lejos de ser un *partido que gobierne*, ni siquiera un *partido de gobierno*; antes bien, los vemos todos los días hundirse un poco más en el papel de un *partido de lacayos*. Dicen sí y amén a *todo* lo que quiere el gobierno, llevan a cabo todos los sucios encargos que hace Stolypin, y, en definitiva, ni siquiera son lo bastante fuertes para imponer la supresión del giro de 100.000 rublos sacados todos los años de los recursos nacionales para las necesidades monetarias, para gastos menudos, de Su Majestad la reina de Grecia. “¡Gracias a Dios, no tenemos Parlamento!”, podía exclamar alegremente el Ministro de Hacienda, al ver la temerosa docilidad con que la дума dejaba pasar “su” viejo presupuesto.

“¡Gracias a Dios, tenemos una Constitución!”, le contestó con firmeza viril Miliukov, siempre vigilante, al hacer un brillante balance de la táctica de conciliación.

Este divertido duelo oratorio con Dios por testigo y todas las circunstancias que le acompañaron: la moderada objeción del presidente octubrista para decir que la expresión del Ministro de Hacienda discutiendo la existencia política de la дума, que le controlaba, estaba “mal escogida”; la amenaza de Stolypin de contestar a esa temeridad con su dimisión; el miedo de que toda “la Constitución que tenemos gracias a Dios” se fuera al diablo, al tiempo que Stolypin; las solemnes excusas del presidente ante la asamblea de la дума por haber tenido la audacia de creer en su existencia; los felices

aplausos de la duma, que se convencía de que iba a tener todavía el derecho de vivir en la medida en que no se resistiera a un gobierno que ignoraba completamente su existencia; todo esto descubrió de manera sorprendente la existencia perfectamente real e indiscutible de la dictadura política y fiscal de la burocracia autocrática. Y todavía ahora, tras la experiencia que han hecho madurar las tres dumas, la solución que permite salir de este callejón no puede formularse más que como hizo en su momento el Manifiesto financiero de la revolución: “No hay más que una salida: ¡derribar al gobierno!”

II El ferrocarril del Amur

Pero el acto más extraordinario de la Tercera Duma continúa siendo la adopción, mediante el procedimiento de urgencia, del ferrocarril del Amur, proyecto cuya realización ya ha sido comenzada (en base al artículo 87) por el gobierno durante el período “sin duma”.

El presupuesto del gobierno estima que la construcción de esa línea costará 238 millones; el conde Witte evalúa los mismos gastos en 350 millones. Esto representa un gasto suplementario anual de 22 a 30 millones de rublos para pagar los intereses y satisfacer el déficit inevitable (alrededor de la mitad del total del presupuesto del Ministerio de Instrucción Pública).

Esta decisión, por sí sola, basta para contestar a la pregunta que nos planteábamos: la duma, ¿conseguirá o no conseguirá escamotear la revolución al resolver sus tareas más elementales con el concurso del poder del estado tradicional? Tras una terrible derrota militar, sin par en la historia universal; tras toda una serie de años en los que el país se ha visto estremecido de manera ininterrumpida por sacudidas revolucionarias, el gobierno, a partir del momento en que se siente un poco consolidado, inaugura la “era de las reformas” con un gasto colosal para la construcción de un ferrocarril que atraviesa un territorio fronterizo alejado, desierto y apenas explorado. En su discurso, lleno de la insolente certidumbre de que la omnipotencia del gobierno se encontraba restablecida, Stolypin citó la expresión de un diletante cualquiera, según la cual el territorio del Amur se parecía completamente a la “Germania de la época de Tácito”. “Ahora bien: señores [exclamó Stolypin, con una patética grandeza], ¡imagínense lo que es la Germania de hoy!” Y el “parlamento” de este país, reducido a la mendicidad, cuyo campesinado no sale de un hambre crónica, vota, mediante el procedimiento de urgencia, los créditos necesarios para transformar el desierto del Amur en la Alemania contemporánea.

Pero la línea del Amur no es más que el primer paso. Como han subrayado los mismos representantes del gobierno, ese primer paso conducirá, indefectiblemente, a un segundo: la colocación de una segunda vía en la línea de Siberia. Esas dos empresas, con el mejoramiento material del ejército, que constituye igualmente una prioridad, podrían, según los cálculos de Kokovtsev, costar alrededor de los 800 millones de rublos. Ciertamente, la comisión de la duma ha rechazado la atribución de miles de millones para la reconstrucción de la flota. Pero la manera tranquila, incluso sin ninguna escenificación dramática, en cómo esa “negativa” ha sido recibida, permite suponer que el gobierno no toma el asunto demasiado por lo trágico.

La complacencia de la duma en la cuestión del ferrocarril del Amur podría parecer un disparate, pero tiene sus razones. La mayoría de la duma se compone de elementos irreconciliables entre sí, aunque se mantienen solidarios por un lazo común: el odio sincero y auténtico contra las tendencias sociales de la revolución. Ella misma se da perfecta cuenta de ello. Las cuestiones de política extranjera, “la potencia y el prestigio” del estado, constituyen la única esfera en la que la duma, al superar sus propias contradicciones internas, espera encontrar la respuesta a los problemas que han

engendrado la revolución, y que es imposible esquivar. He ahí por qué en estos últimos meses los partidos de las clases “cultivadas” del país se alejan cada vez más de las cuestiones interiores, para concentrar con la mayor insistencia toda su atención sobre las cuestiones de política exterior.

Que la derecha haya votado a favor de la línea del Amur se explica ya suficientemente por el hecho de que el gobierno promete entregar varios millones de deciatinas de tierra a lo largo del Amur para la colonización por los campesinos. ¿Puede existir algo más atractivo que el proyecto de desplazar la cuestión agraria hasta las orillas del Océano Pacífico? Los representantes del gran capital, que pertenecen al centro octubrista, ven, ante todo, en esta causa patriótica, 300 millones de rublos, que, con ayuda de un empréstito del estado, terminarán en los bolsillos de la industria patriota. Dada la gravedad de la crisis industrial, no hay otra esperanza, una vez más, que los encargos del estado, debido al hecho de que la ejecución de grandes reformas interiores susceptibles de aumentar la fuerza productiva del país queda provisionalmente postergada hasta una fecha indeterminada. El vacío completo de las intervenciones durante la discusión del presupuesto del Ministerio de Comercio y de Industria muestra, por lo demás, que los octubristas estaban convencidos de ello.

Los cadetes han votado contra la línea del Amur. Prescindamos de la cuestión de saber lo que habrían hecho si su voto hubiese sido decisivo para el futuro del proyecto gubernamental. Basta indicar que existe en las filas de los cadetes una potente corriente favorable a esos planes de aventuras orientales, y que fue el propio Miliukov el portavoz de esa minoría en el interior de su grupo. Por otro lado, el señor Peter von Struve, barómetro político hipersensible de la burguesía liberal, lanzaba una campaña enérgica contra las tradiciones “antiestatales” de la intelligentsia rusa, conjurándola a que comprendiera que el estado, en tanto que “personalidad mística”, era un “fin en sí”, y que cuando se trata de la potencia de la “Gran Rusia” no había lugar para las divergencias partidistas. Invita a considerar la Península de los Balcanes como el territorio donde la personalidad mística, cuyos huesos tanto han sufrido en las llanuras de Manchuria, debe cumplir su misión paneslava. Ese disfraz nacional-liberal de una eslavofilia muy envejecida, y que en la pluma del señor Peter von Struve, alemán de nacimiento y antiguo marxista, adquiere un encanto muy particular, ya ha producido en los medios de profesores y estudiantes la constitución de sociedades eslavas, cuya dirección se encuentra en manos de miembros del partido cadete. Y actualmente los banquetes organizados en Petersburgo, en honor de los dirigentes nacionalistas eslavos en Austria, inauguran una nueva “gran” época de la política paneslava haciendo confraternizar a los octubristas, los cadetes y la derecha. La reconciliación de la sociedad cultivada con la personalidad mística de la dinastía de los Romanov se expresa políticamente mediante el hecho de que la fracción cadete vote con los ojos cerrados los créditos para la representación extranjera y reciba y acompañe con aplausos todas las apariciones del Ministro de Asuntos Extranjeros. En teoría más apegados a los principios que los octubristas, pero más cobardes en la práctica, los cadetes buscan en el imperialismo la solución de los problemas que la revolución no ha resuelto hasta ahora. El partido, que para lo sucesivo coloca tanto el sufragio universal como la “dictadura del proletariado” entre las “ilusiones perdidas”, ha llegado, debido a los acontecimientos de la revolución y de la contrarrevolución, a la necesidad objetiva de rechazar la idea de la expropiación de la gran propiedad terrateniente y de la democratización de todo el orden social, y, por consiguiente, a renunciar a la esperanza de crear una sólida base para el desarrollo capitalista bajo la forma de un mercado campesino *interior* estable. Sin embargo, en esa situación, el estado se transforma con toda naturalidad en un fin en sí, cuya misión mística consiste en garantizar la dominación sobre los mercados *exteriores*. El imperialismo teñido de oposición de Miliukov proporciona en cierta medida un ligero barniz ideológico a la combinación contrarrevolucionaria sobre la que

se apoya la duma, esa combinación de autócrata despótico, de propietario terrateniente pulido con una cultura superficial y de capitalista hinchado de orgullo.

La realización de esta misión mística exigiría naturalmente cantidades absolutamente enormes. Ahora bien, el tesoro está en una situación extremadamente aflictiva. La reserva de oro se deshace sistemáticamente, porque hay que pagar los intereses de los empréstitos exteriores. El conde Witte ya ha dicho más de una vez en la comisión del Consejo Imperial cuán amenazado estaba el patrón oro. Naturalmente, el Ministro de Hacienda sabe mejor que nadie hasta qué punto esos temores están justificados. Pero afirma, con mucha seguridad, que basta con no gravar el tesoro con reformas tan costosas como la reforma agraria o la instauración de la escuela obligatoria, para obtener fácilmente el dinero necesario para los objetivos patrióticos que figuran en el orden del día. Y resulta difícil atacar esa seguridad. Teniendo en cuenta la depresión reinante actualmente en el mercado, es claro que los títulos de renta sobre el estado constituyen la forma más atractiva de colocación para los capitales desocupados. En cuanto al riesgo que corren los suscriptores de empréstitos del estado, en primer lugar, se reparte entre los numerosos poseedores de títulos, mientras que la enorme ganancia que resulta de la emisión de los empréstitos se concentra en unas cuantas manos; luego, los enormes intereses de esos papeles ya contienen una prima equivalente al riesgo. Además, ahora que una “calma” evidente reina en el país (incluso aunque se encuentre acompañada de incesantes expropiaciones y de crímenes cometidos por los tribunales militares), ahora que la duma y el gobierno caminan codo con codo, y que la oposición aplaude respetuosamente al Ministro de Asuntos Extranjeros, resulta inevitable que el riesgo parezca menor que nunca. Finalmente, el acercamiento a Inglaterra, que acaba de realizarse con la participación activa de la diplomacia francesa, abre el mercado financiero británico al “patriotismo del Amur”, y tenemos sobrados motivos para pensar que la entrevista entre Eduardo VII y Nicolás II no constituirá más que el preludio decorativo de un grandioso empréstito en la Bolsa de Londres.

A primera vista, la situación así creada parece encerrar consecuencias muy inesperadas. El gobierno, que ha dejado su prestigio en las aguas de Tsushima y en las llanuras de Mukden, que ha tenido que sufrir las terribles consecuencias de su política aventurera, se ve de golpe como el objeto central de la confianza patriótica de los representantes de la “nación”. No solamente consigue sin tropezar con la menor contradicción la incorporación de medio millón de nuevos soldados y más de mil millones de marcos para los gastos militares corrientes, sino que incluso encuentra el apoyo de la duma para todas sus nuevas experiencias en el Extremo Oriente. Pero eso no basta: desde la derecha y desde la izquierda, los Cien Negros y los cadetes le reprochan no ser bastante activo en su política extranjera. La lógica de la situación impulsa, pues, al gobierno hacia el camino aventurero de la lucha por el restablecimiento de su posición en la política mundial. ¿Y quién sabe? Tal vez el destino de la autocracia, antes de decidirse sobre el pavimento de las calles de Petersburgo y de Varsovia, tenga previamente que sufrir todavía una dura prueba en las llanuras del Amur o al borde del mar Negro.

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es